

Bestias nazis



JESÚS HERNÁNDEZ

BESTIAS NAZIS

Los verdugos de las ss


melusina

© Jesús Hernández, 2013

© Editorial Melusina, s.L.
www.melusina.com.

© De la imagen de cubierta: «Angel of Death circa 1945».
El criminal de guerra nazi Josef Mengele asomado a la ventanilla de un tren.
(Hulton Archive/Getty Images)
Diseño de cubierta: Raül Vicent Claramunt

Reservados todos los derechos de esta edición

Primera edición: septiembre de 2013
Segunda edición corregida: octubre de 2013

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas
Depósito legal: TF-733-2013
ISBN: 978-84-15373-12-4
Impresión: Book Print Digital, s.A.

Impreso en España

CONTENIDO

Introducción II

1. Amon Göth, el «Verdugo de Plaszow» 23
2. Ilse Koch, la «Zorra de Buchenwald» 109
3. Oskar Dirlewanger, el «Verdugo de Varsovia» 201
4. Irma Grese, la «Bella Bestia» 289
5. Josef Mengele, el «Ángel de la Muerte» 357

Epílogo 461

Apéndice 471

Bibliografía 473

A mi hijo Marcel

I. Amon Göth,
el «Verdugo de Plaszow»



sospechaba que podía haber judíos ocultos en armarios, desvanes o sótanos. Durante varios meses, soldados ucranianos de las ss se encargaron de registrar todos los edificios palmo a palmo a la caza de esos judíos. La mayoría de los que se habían ocultado fueron encontrados y ejecutados.

EL SEÑOR DE LA MUERTE

Como se ha señalado al principio, el caso de Amon Göth es singular entre los comandantes de los campos de concentración nazis. Según las normas que regían en las ss-Totenkopfverbände, los castigos debían administrarse según la aplicación estricta del reglamento. Sin embargo, en el campo de Plaszow, a Göth se le permitiría comportarse como un sátrapa oriental; allí él se hallaba por encima de la ley y de la moral, detentando un poder absoluto sobre sus prisioneros, que él consideraba como esclavos cuyas vidas le pertenecían.

Probablemente, el hecho de que Plaszow fuera un campo de importancia secundaria ayudó a que la actitud de Göth, contraria a las disposiciones que debían regir el funcionamiento de todos los campos, fuera pasada por alto. A su favor jugaba también el hecho de que estuviera catalogado como un hombre duro, decidido y despiadado, unas aptitudes que eran muy apreciadas en las ss. Esa sensación de impunidad sería ampliamente aprovechada por Göth para dar rienda suelta al psicópata que anidaba en su interior.

Cuando habitaba todavía su casa provisional situada cerca de la antigua sinagoga, cada mañana, después de desayunar, solía bajar los escalones en camisa, pantalones de montar y botas acabadas de lustrar por su ordenanza. Cuando hacía buen tiempo, Göth acostumbraba a salir sin camisa. Aparecía con unos binoculares en una mano y un rifle de francotirador en la otra. Con el cigarrillo en la boca, iba observando detenidamente con la mirilla telescópica a los prisioneros que pasaban a unos cientos de metros de la casa empujando las pesadas vagonetas cargadas de caliza. Aquél que Göth consideraba que no trabajaba con suficiente energía, era al instante abatido.

Tras el disparo letal, los guardias se limitaban a apartar rutinariamente al hombre caído y arrojarlo a un lado del camino. Tras unos segundos de consternación, los otros prisioneros incrementaban de inmediato su esfuerzo para no ser objeto de la puntería del comandante. Göth podía disparar un par de veces más hasta que consideraba que ya todos trabajaban al ritmo deseado. Cuando se sentía satisfecho, bajaba el rifle, les dirigía un gesto de aprobación con la mano y regresaba a la casa. Para él, esos asesinatos no eran más que un método expeditivo para motivar a sus equipos de trabajo.

Esta espantosa práctica de Göth aparece en la película *La lista de Schindler*, pero Spielberg se permitió alguna licencia que no se corresponde con la realidad. Según el film, cuando Göth salía al balcón de su villa, emplazada en un altozano que dominaba la extensión del campo, podía disparar tranquilamente contra cualquiera de los prisioneros gracias a su posición elevada y despejada. Sin embargo, basta observar el emplazamiento real de la villa, tal y como hizo el autor de estas líneas, para comprender que esa escena es imposible.

La casa de Amon Göth no se encontraba en un promontorio, dominando desde ese punto la totalidad del campo, como aparece en la película, sino en un pequeño valle. Entre la casa y la sección del campo en la que se encontraban los prisioneros se levantan unas colinas de gran altura, que impiden por completo el contacto visual entre una y otra área. El hecho de que la cima de esas colinas presente afloramientos de roca descarta por completo que hubiera podido formarse tras la guerra por un traslado de tierras. Por tanto, el que Göth pudiera disparar a cualquier interno del campo desde el balcón de su casa es una efectista licencia del guionista. Esas colinas eran excavadas para extraer piedra, por lo que Göth tan sólo pudo haber disparado contra los que trabajaban en la cantera y, en todo caso, el lugar en el que se encuentra la excavación tampoco está alineado con la casa. Los disparos debían dirigirse hacia los grupos de trabajadores cuando iban o venían de la cantera pero, en todo, caso las posibilidades de practicar puntería con blancos humanos siempre serían limitadas.

Göth utilizaría también otro método brutal para regular la población del campo. Plaszow tenía capacidad para unos treinta mil internos, pero esta cantidad solía incrementarse con la llegada constante de deportados, ya que el campo se convirtió en una especie de apartadero para aquellos que tenían como último destino Auschwitz o Gross-Rosen y debían esperar a que se les hiciera sitio allí. Al verse obligado a hacerse cargo de los nuevos contingentes, Göth optaba por reducir el número de los internos que habían llegado antes para dejar su lugar a los nuevos. El sistema empleado era simplemente la eliminación física de esos prisioneros, en base a una selección arbitraria llevada a cabo por el propio comandante. Así, Göth podía presentarse en cualquier taller o cantera y hacer formar a los trabajadores en dos hileras, sin un criterio aparente. Estas selecciones provocaban el terror entre los prisioneros, ya que nadie sabía cuál de las dos filas se llevaría. El destino del grupo elegido solía ser la ejecución inmediata en la antigua fortaleza austríaca. A partir de otoño de 1943, tras la conclusión del ramal de ferrocarril que llegaba hasta Plaszow, esos prisioneros sobrantes podían también ser confinados en vagones de ganado, en donde permanecían días a la espera de que volviera a quedar espacio libre en el campo, para realojar después a los que lograban sobrevivir al encierro.

Aunque la mayoría de ejecuciones se llevaban a cabo en la gran fosa que constituía la antigua fortaleza austríaca, era habitual que se llevaran a cabo ejemplarizantes ejecuciones públicas a la vista de todos los prisioneros, para que sirviera de advertencia. Así, junto a la *Appellplatz* —el lugar en el que los internos eran reunidos para pasar lista— se levantaban varios conjuntos de horcas, similares a una serie de porterías de fútbol. Los ahorcamientos masivos se producían cada vez que había una fuga. Por cada interno evadido se colgaba a diez prisioneros del barracón del que este procedía. Se calcula que medio millar de internos fueron víctimas de estas represalias.

El terrible ritual se celebraba con la asistencia de todos los prisioneros, que debían mantener un silencio absoluto. Mientras se les anudaba la soga al cuello, se daba a los condenados la posibilidad de decir unas últimas palabras. El verdugo era un carnicero de Cracovia al que se le había perdonado la vida a cambio de que desempeñase

esa despreciable tarea. Cuando Göth daba la orden, el verdugo daba un puntapié al banco en el que el reo se apoyaba.

Los internos de Plaszow recordarían especialmente la ejecución de un ingeniero llamado Krautwirt, que tuvo lugar el 3 de agosto de 1943. Junto a él debía ser ahorcado un muchacho de dieciséis años, llamado Haubenstock, que había sido condenado a muerte por cantar canciones rusas prohibidas. El chico, mientras ajustaban la soga alrededor de su cuello, imploraba perdón asegurando que no sólo no era comunista sino que odiaba el comunismo. Llegado el momento, el verdugo dio la patada al banco que lo sostenía, pero la cuerda se rompió y el muchacho cayó al suelo. Entonces, con la cuerda todavía al cuello y el rostro enrojecido, logró acercarse a gatas hasta Göth, puso su cabeza contra las botas del comandante y las abrazó, suplicando clemencia.

La dramática escena provocó que los miles de prisioneros que la presenciaban olvidasen la obligación de guardar silencio y un murmullo se extendió por la masa humana. Todos esperaban sobrecogidos la reacción de Göth. Los que tenían la esperanza de que, por una vez, el comandante mostrase un rasgo de humanidad la vieron truncada de raíz. Göth desenfundó su pistola, apartó al chico de una patada y le disparó maquinalmente en la cabeza.

Pero ese trágico episodio no acabaría ahí. El ingeniero Krautwirt, al contemplar el estremecedor final del chico, logró cortarse las muñecas con una hoja de afeitar que mantenía oculta en el bolsillo. Krautwirt se estaba desangrando, pero eso no hizo que Göth suspendiese la ejecución. El ingeniero fue subido al banco por dos guardias ucranianos de las ss cuyos uniformes quedarían manchados de sangre, y el carnicero de Cracovia lo ahorcó ante los ojos complacidos de Göth.

Otra ejecución pública tuvo como trágico protagonista a un interno que trabajaba fuera del campo para la Ostbahn, la compañía de ferrocarriles alemanes en el este. El prisionero fue sorprendido por un guardia cuando entró en una panadería para comprar una rebanada de pan, estando prohibido obtener comida fuera del campo. A su regreso a Plaszow, el guardia informó del hecho a Göth, y este ordenó su ejecución pública. Todos los prisioneros fueron reunidos en la *Appellplatz* y se les obligó a asistir a su ahorcamiento.

La crueldad que mostraba Göth en sus actos podía llegar a límites difíciles de concebir. Cuando algún contingente de niños era enviado a los campos de exterminio, las madres eran obligadas a permanecer de pie, inmóviles y en silencio, mientras sus hijos se alejaban rumbo a la muerte. Göth estableció que, mientras tanto, la orquesta del campo interpretase canciones infantiles.

Göth, un fanático antisemita, solía *celebrar* las festividades más relevantes del calendario hebreo, como el *Yom Kipur*, ejecutando a decenas de prisioneros judíos. El 30 de septiembre de 1943, con ocasión de la fiesta del *Rosh Hashaná*, o Año Nuevo judío, Göth ordenó formar a todos los prisioneros en la *Appellplatz*, seleccionó a doscientos internos y los mandó ejecutar.

Los castigos y las ejecuciones estaban a la orden del día en Plaszow. Una falta menor podía ser sancionada con veinticinco o cincuenta latigazos. En este caso, se solía utilizar un látigo que acaba en unas pequeñas bolas de acero. Un prisionero, Leon Leyson, aseguraría que el primer latigazo era «igual que si alguien te cortase la espalda con un cuchillo». El castigo también podía consistir en ser colgado por los brazos por detrás de la espalda o permanecer encerrado durante días o semanas en una celda.

En los fusilamientos masivos se prescindía de cualquier consideración por la víctima. Si la ejecución no se llevaba a cabo en la fortaleza austríaca, los condenados eran conducidos a un bosque cercano y allí eran obligados a cavar zanjas. Luego se les obligaba a saltar dentro y los soldados de las ss les disparaban desde el borde. Sin importar si todavía alguno seguía con vida, el siguiente turno de condenados era de inmediato obligado a arrojararse a su vez a la zanja, en donde eran asesinados. Si alguno ofrecía resistencia, era golpeado con la culata de un fusil y empujado también a la fosa. Aunque hubiese moribundos entre los ejecutados, un grupo de internos era obligado a cubrir de nuevo la zanja.

Todos los intentos por aplacar la pulsión asesina de Göth estaban condenados al fracaso. El propio Oskar Schindler intentó convencerle de que podía reafirmar su autoridad absoluta mostrándose magnánimo, pero fracasó. Schindler llegó a pensar que su crueldad

podía ser debida a los efectos del alcohol barato que consumía de forma incontrolada; así, llegó a comprar para él bebidas de calidad en el mercado negro, pero esa acción no tuvo tampoco ningún efecto beneficioso. También se rumoreó que *Majola* amenazó a Göth con no acostarse con él si seguía matando gente. Göth se mostraría impermeable a todos esos intentos de humanizar su carácter.

Pero Göth era imprevisible y a veces podía comportarse como un niño travieso. Una noche, los guardias de las ss irrumpieron en un barracón, escogieron a veinte judíos y se dirigieron todos a la villa de Göth. Uno de ellos, Chaim Wolf Szlamovicz, quien salvaría la vida gracias a Schindler, explicaría que estaban convencidos de que no iban a regresar con vida. Al llegar allí les sorprendió escuchar música y voces; Göth estaba dando una fiesta en la casa. Entonces, un oficial los condujo discretamente al piso de arriba, en donde estaban las habitaciones, y les ordenó que bajasen los muebles al sótano sin que nadie se diese cuenta. Según les explicó, Göth quería gastar una broma a su amante para ver la cara que ponía cuando se encontrase con que las habitaciones estaban vacías.

Göth era brutal con los prisioneros y el servicio de la casa, y sabía guardar las distancias con el personal que tenía a su cargo, pero con los altos oficiales de las ss podía llegar a mostrarse muy amigable. Le gustaba gastarles bromas o hacerles objeto de sus ocurrencias para crear un ambiente desenfadado. Sus visitantes, que llegaban con una cierta prevención por las terribles historias que se contaban de él, de inmediato se encontraban a gusto en su presencia, y se sentían lo bastante confortables como para bromear también con él.

Por el contrario, Göth sólo en contadas ocasiones se mostraba condescendiente con los internos. Uno de estos casos se dio una vez que un guardia encontró una gallina abandonada dentro de un saco ante la puerta del campo, durante el registro de un grupo de trabajo que regresaba de la fábrica. Tratar de introducir comida en el campo estaba estrictamente prohibido, a pesar de que los guardias ucranianos solían hacer la vista gorda a cambio de sobornos, así que seguramente el dueño del saco se había asustado al ver que iban a ser registrados y dejó allí la gallina. Al conocer el incidente, Göth reunió a

los prisioneros en la *Appellplatz* y les preguntó: «¿De quién es este saco?, ¿de quién es esta gallina?». Como nadie respondió, él mismo arrebató el fusil a un guardia y disparó contra el prisionero que encabezaba una fila. La bala atravesó su cuerpo y derribó también al hombre que estaba detrás. Pero nadie se atrevió a hablar. Göth empuñó el fusil para matar a un tercer hombre, cuando un chico de catorce años salió de su fila, temblando y llorando. Göth miró satisfecho al muchacho, ya que ahora sabría quién era el responsable: «¿Quién ha sido?», le gritó. El chico señaló a uno de los dos hombres caídos y dijo: «¡Este!».

El comandante quedó por un instante impresionado ante la genial jugada del audaz muchacho, que había logrado evitar que nadie más fuera castigado. La esperada reacción de Göth hubiera sido disparar a su vez al muchacho que se había atrevido a responderle con esa astuta maniobra pero, sorprendentemente, Göth se echó a reír y se marchó, dejando a los prisioneros tan perplejos como aliviados.

Durante el juicio a Adolf Eichmann celebrado en Jerusalén en 1961, un exprisionero de Plaszow, Moshe Bejski, explicó una historia muy parecida a ésta. Según Bejski, en un registro se encontró comida oculta en el barracón de unos internos que formaban parte del Abladekommando, una unidad encargada de descargar las mercancías que llegaban a la estación del ferrocarril y que, por tanto, tenían posibilidades de escamotear provisiones en la confusión de las operaciones de carga y descarga. Amon Göth se enfureció al conocer el hecho, y se personó de inmediato para averiguar el origen del contrabando. Como nadie confesó haber traído la comida al barracón, Göth escogió al azar a un joven llamado Nachmansohn y le disparó en la cabeza. Como los responsables no aparecían, escogió a otro hombre, un tal Disler, y le asesinó también allí mismo. Entonces, siempre según Bejski, alguien tuvo la brillante idea de decir que habían sido ellos los que habían robado la comida de los trenes y la habían traído al barracón. Göth, en este caso, no encajaría con tanta deportividad la hábil treta y ordenó que cada uno recibiera un castigo de cien latigazos.

La similitud de ambas historias lleva a pensar que quizás fuera la misma. Es difícil saber lo que ocurrió en realidad; es posible que, después de haber pasado veinte años, Bejiski entremezclase el suceso original con otro, o tal vez relatase la historia tal y como se la había oído referir alguien entonces. Sea como fuere, parece cierto que Göth asesinó a sangre fría a dos prisioneros para descubrir al responsable de una infracción a las reglas del campo, y que alguien achacó la falta a los asesinados. Si esto sucedió una o dos veces no podemos determinarlo.

En otra ocasión, un grupo de prisioneros que también trataba de introducir comida en el campo tuvo peor suerte. Según explicaría uno de los judíos de Schindler, Julius Eisenstein, un grupo de internos que había sido enviado a limpiar las calles de Cracovia llegó con los bolsillos abultados. Eso era una práctica habitual, ante la que determinados guardianes hacían la vista gorda a cambio de algún soborno, pero esa vez Göth estaba allí para controlar la entrada de los internos en el campo. El comandante les ordenó vaciar los bolsillos y aparecieron trozos de pan, salchichas o latas de conserva. Göth, fuera de sí, ordenó a los guardias ucranianos: «¡Matadlos a todos!». Los guardias obedecieron y condujeron al grupo completo, compuesto por una cincuentena de prisioneros, a la fortaleza austriaca donde fueron ejecutados.

En el referido juicio contra Eichmann, Moshe Bejiski relató otro terrorífico ejemplo de la brutalidad desplegada por Göth en Plaszow. Según él, en una ocasión el comandante lanzó a sus dos perros, Ralf y Rolf, contra un prisionero llamado Olmes. Los canes comenzaron a comérselo vivo y Göth acabó por dispararle dándole muerte.

Otro superviviente de Plaszow, Arthur Kuhnreich, contó en sus memorias un hecho similar, que tal vez se tratase del mismo: «Vi a Göth lanzar a su perro contra un prisionero judío. El perro lo despedazó. Cuando ya no se movía, Göth le disparó».

Otro de los judíos salvados por Schindler, Murray Pantirer, explicó que «Göth no podía desayunar o almorzar sin haber visto antes correr sangre judía, cada día debía disparar a alguien al azar». Según Pantirer, cuando veían a Göth tocado con un sombrero tiroles él significaba que había salido de cacería: «Todos sabían que

corrían un terrible peligro». En esos casos, Pantirer corría a la letrina más cercana, ya que sabía que él nunca aparecía por allí. Pero si Göth entraba de improviso en un barracón, no había escapatoria posible, y no solía marcharse antes de haber matado a varios prisioneros.

Moshe Beijski explicó otro episodio que denota la frialdad de Göth a la hora de acabar con la vida de una persona. Un grupo de prisioneros estaba siendo castigado con latigazos; uno de los hombres, llamado Mandel, estaba recibiendo su castigo cuando se equivocó al contar en voz alta, por lo que, tal y como estaba estipulado, tuvo que comenzar de nuevo la cuenta. Pero otro de los integrantes del grupo, un hombre de edad avanzada, no pudo soportarlo más y levantó la voz diciendo que Mandel ya había recibido su castigo. Como los prisioneros debían asistir a estos castigos en completo silencio, los guardias se abalanzaron de inmediato sobre él y comenzaron a golpearle; Göth les detuvo y ordenó al temerario prisionero que se acercase para que le dijese lo que ocurría. El interno se aproximó al comandante y le reiteró valientemente su queja, mientras Göth le escuchaba aparentando atención. Cuando acabó de hablar, Göth le dio las gracias y le pidió que volviera a la formación. Pero al darse la vuelta el prisionero, el comandante le apuntó a la cabeza y le disparó, matándolo allí mismo.

Pero si estos castigos tan arbitrarios como desmedidos tenían atemorizados a los prisioneros del campo, lo que más aterrorizaba de Göth era que se comportase todo el tiempo como un caprichoso señor de la muerte, mostrándose capaz de arrebatarle la vida a un ser humano por cualquier fruslería. Un día, encontró a una chica encargada de la limpieza en el garaje dentro de un coche y mirándose en el espejo retrovisor, mientras las ventanillas que le habían ordenado limpiar estaban sucias. Göth ordenó que la matasen de inmediato. En otra ocasión, Göth vio que en la cocina una madre y una hija mondaban patatas con demasiada lentitud para su gusto; también ordenó que las mataran. Otro día, desde la ventana del baño advirtió que un muchacho estaba orinando sobre unos troncos; Göth fue a por su rifle de precisión y, desde la misma ventana, acabó con su vida de un certero disparo.

Uno de los empresarios que utilizaba prisioneros de Plaszow, en este caso en un taller de confección de uniformes para la Wehrmacht, Raimund Titsch, fue un día invitado a comer a la villa de Göth. Durante la comida, su anfitrión consideró que la sopa estaba demasiado caliente y llamó al cocinero judío que tenía a su servicio para que le diese una explicación. El cocinero no lo oyó, y Göth, fuera de sí, saltó de la silla y gritó aún más fuerte para que el cocinero se presentase. Cuando este acudió por fin a su llamada, Göth se lo llevó fuera de la casa. Titsch, que asistía incrédulo a la escena, escuchó un disparo de pistola.

Durante el juicio al que Göth sería sometido en 1946, un joven llamado Josef Reiner relataría su propia experiencia. En octubre de 1943 fue destinado a cargar grandes tablones de madera, a pesar de que tenía una pierna dañada. Aunque era otoño, una mañana hizo tanto calor que el encargado de su cuadrilla de trabajo, otro prisionero que ejercía de jefe de la policía judía del campo, permitiese a los prisioneros despojarse de su ropa de abrigo. Como Reiner cojeaba, el jefe le escogió para quedarse vigilando la ropa mientras los demás trabajaban. Sobre las once, otro hombre del grupo llamado Fleiss se acercó a donde se encontraba Reiner y le dijo si podía quedarse allí, a lo que le contestó que él no era nadie para darle permiso y que no podía hacerse responsable de ello. Aun así, se quedó y ambos estuvieron allí hasta las dos. Mientras tanto, Reiner advirtió que Göth les iba observando de vez en cuando desde la ventana de unas dependencias del campo, aunque se encontraba tranquilo al respecto porque se estaba limitando a cumplir órdenes.

Pero sobre las dos de la tarde, en un momento en el que ambos se sentaron, Göth les gritó para se acudiesen a su presencia. Ellos se acercaron caminando, pero el comandante consideró que iban despacio y les urgió a ir más deprisa. Una vez ante él, Göth les preguntó qué estaban haciendo allí. Reiner le dijo que cumplía con el cometido encargado por el jefe de la policía judía, pero Göth le dijo que aquel judío sólo podía dirigir el grupo de trabajo, pero no tenía derecho a dar órdenes. Entonces se dirigió al hombre que estaba con Reiner, pero este, al no haberle sido ordenado estar allí, apenas pudo balbucear alguna excusa; Göth, con calma, sacó su revólver, mientras

que el desgraciado prisionero suplicaba que no le matara, diciéndole que tenía a su madre en el campo. Göth, dirigiéndose a él por su nombre, le ordenó que se diese la vuelta, pero Fleiss echó a correr; el comandante le disparó y el hombre cayó muerto.

Göth se dirigió entonces a Reiner y le ordenó también que se diese la vuelta. Reiner, al ver que no había escapatoria posible, obedeció, se giró y colocó la cabeza tal y como el comandante le indicaba. Reiner sintió el disparo y cayó al suelo, quedando inconsciente. Cuando volvió en sí, Reiner se encontraba tendido en un charco de sangre, pero permaneció inmóvil temiendo que Göth se encontrase todavía allí y le rematase al comprobar que no había muerto en el acto a pesar de haberle disparado en la cabeza.

Al cabo de un rato, acudieron tres prisioneros judíos para llevarse los cuerpos, trasladándolos en un carro fuera del campo para enterrarlos. Cuando iban a proceder a ello, Reiner movió la cabeza y los prisioneros se dieron cuenta de que estaba vivo. Asumiendo un gran riesgo, el jefe del grupo, cuyo nombre era Liebling, decidió introducirlo de nuevo en el campo para que fuera atendido en la enfermería. Reiner logró reponerse milagrosamente del disparo en la cabeza y acabaría regresando a su barracón.

La lista de víctimas de Göth por motivos nimios sería inacabable. Su limpiabotas fue ejecutado por no haber conseguido que un par de botas quedasen lo bastante lustrosas. Göth colgó de las anillas de su despacho a su ordenanza Poldez, de sólo quince años, porque había encontrado una pulga en uno de los perros y, tal y como se referirá luego, mandó ejecutar a su criado Lisiek por haber prestado un caballo sin pedir permiso...

En una ocasión, a Göth le informaron de que a una interna que trabajaba en el equipo administrativo del campo se le había encontrado una corteza de tocino, un *manjar* vedado a los prisioneros. Göth se dirigió entonces a la oficina gritando: «¡Aquí están todas demasiado gordas!». Dividió a las internas que allí trabajaban en dos filas. Las que él consideró que estaban más entradas en carnes, dentro de los cánones propios de un campo de concentración, fueron conducidas al promontorio de la fortaleza austríaca y ejecutadas.

LENA Y SUSANNA

Como es fácil imaginar, todos aquellos que trabajaban para Amon Göth vivían aterrorizados al saber que el más mínimo desliz podía suponerles la muerte. Ese terror atenazaba también al personal de la casa, especialmente a sus dos criadas judías. Según se desprende de la película *La lista de Schindler*, tan sólo había una sirvienta, Helen Hirsch, por la que el personaje de Göth se siente atraído, aunque en una escena aparece brevemente junto a otra. En realidad hubo dos criadas, la citada Helen Hirsch Horowitz y Helen Sternlicht Rosenzweig. Al llamarse las dos igual, Göth decidió llamar a la primera Lena y a la segunda Susanna. Ambas trabajaron en la casa durante casi dos años, y las dos sufrieron por igual su comportamiento brutal.

Helen Hirsch es la más conocida, debido al peso de su personaje tanto en la novela de Keneally como en la película de Spielberg. Tras la guerra, Hirsch emigró a Israel, manteniéndose en contacto con el círculo de los judíos salvados por Schindler. Cuando Keneally escribió su novela le fue más fácil obtener su testimonio que el de la otra Helen, que había emigrado a Estados Unidos, desvinculándose de los judíos que integraron la famosa lista.

Antes de convertirse en sirvienta de Göth, Helen Hirsch había trabajado en la cocina de los prisioneros, donde dedicaba casi todo su tiempo a pelar patatas. Nada más comenzar, recibió diez golpes en la espalda porque no estaba haciendo su trabajo lo bastante rápido. Poco después, fue seleccionada para trabajar en la cocina del personal del campo; Helen diría posteriormente que, aunque el trabajo era duro, las condiciones en aquella cocina eran aceptables. Pero su destino cambiaría cuando una de las internas destinadas al servicio doméstico en la villa de Göth enfermó de tifus; ella fue la escogida por el encargado de la cocina, un prisionero de confianza llamado Leon Myer, para sustituirla. Cuando se lo dijeron, Helen se sintió afortunada porque esperaba encontrar allí unas condiciones de vida más llevaderas, sin sospechar que estaba a punto de adentrarse en un infierno. Antes de enviarla allí, Myer le explicó detenidamente los gustos del que iba a ser su amo, consciente del grave peligro que correría en caso de no satisfacerle plenamente.

El primer día de trabajo, Helen preparó la cena a Göth. Este se mostró complacido con la comida y el modo en que la había servido. Le preguntó su nombre y cómo había llegado a ser tan buena cocinera. Ella le dijo que nunca había sido cocinera profesional, y que lo había aprendido todo en su familia, mostrándose dispuesta a prepararle los platos que más le apeteciesen. Después de haberse ganado los elogios de Göth, Helen parecía haber entrado con buen pie en la casa, pero la pesadilla estaba a punto de comenzar. Tras la cena, Göth bajó a la cocina y le pidió los huesos que habían sobrado de la cena para dárselos a sus perros. Helen, sorprendida, le dijo que los había tirado a la basura, ya que nadie le había dicho que debía guardarlos. Entonces él comenzó a golpearla con fuerza. Sin entender nada, ella le imploró que parase, preguntándole por qué le estaba pegando. El respondió: «Te pego porque te has atrevido a preguntarme que por qué te estoy pegando». Tras escuchar esa respuesta tan absurda como concluyente, Helen debió entender que a partir de ese momento debía aceptar su terrible destino sin hacerse preguntas. Cuando Göth dejó de golpearla, le amenazó con matarla si no obedecía sus órdenes. Según explicó Helen, después de aquello «estaba convencida de que mi vida iba a durar muy poco». Aun así, ella se dijo a sí misma que debía hacer todo lo necesario para vivir el mayor tiempo posible.

Los primeros días, después de la cena, Helen se iba a dormir a unos barracones especiales para los trabajadores judíos, pero poco después tuvo que trasladarse a vivir a la casa, alojándose en un frío cuarto situado en el sótano, que compartía con la otra criada, Helen Sternlicht. Para ella, vivir con Göth era «como estar en un patíbulo las veinticuatro horas del día», lo que es fácil de entender si tenemos en cuenta que ambas debían estar a su disposición a cualquier hora del día o de la noche. Göth podía llamarlas pulsando un timbre que se escuchaba en toda la casa, o simplemente dando un grito. Sabían que debían acudir a su presencia en unos segundos, si no querían recibir una paliza.

Pero el acudir rápidamente a la llamada de Göth no suponía librarse de una agresión. Los golpes podían llegar por cualquier motivo nimio. Por ejemplo, una mañana Helen se presentó ante Göth

en su habitación cuando este la llamó nada más despertarse. Una vez allí, el airado comandante arrojó contra la pared el uniforme que debía ponerse, quejándose a voz en grito de que estaba sucio. Göth, fuera de sí, le preguntó por qué el uniforme no estaba limpio. Helen trató de explicarse, pero él no le dio tiempo; la golpeó varias veces en la cara mientras ella, paralizada por el miedo, trataba de decir algo. Göth la agarró por los cabellos y la arrastró a otra habitación, en donde siguió golpeándola sin parar. La paliza sólo terminó cuando su amante, Irene, irrumpió en la habitación alertada por el escándalo y le detuvo. Helen sufriría daños permanentes en el oído izquierdo a consecuencia de los golpes recibidos ese día.

En ocasiones, Göth podía castigarla a subir y bajar rápidamente las escaleras de la casa, hasta que se derrumbaba exhausta. El comportamiento de Göth se veía agravado por la ingestión continua de alcohol. Así, una tarde, un Göth completamente bebido la abordó preguntándole si había preparado ya la cena especial con la que quería agasajar a unos amigos suyos. Helen, sorprendida, le respondió que nadie le había advertido de esa visita y que, por tanto, no había preparado nada especial. Göth, entonces, la agarró del cuello con las dos manos y le apretó hasta que cayó al suelo inconsciente. Cuando volvió en sí, él la amenazó insistiéndole en que debía cumplir sus órdenes, a pesar de que no le había ordenado nada porque había estado ebrio todo el día.

Göth le ordenó entonces que preparase la cena, pero que si el ágape no era un éxito, la mataría. Helen hizo lo que pudo para organizar la cena especial, para lo que se le proporcionó comida que estaba destinada a la cocina de los prisioneros. La cena discurrió a entera satisfacción de los invitados y Helen pudo respirar aliviada. Sin embargo, al día siguiente, Göth estaba furioso porque se había puesto la mesa para una persona menos de las que estaban anunciadas, aunque luego pudieron ser todas instaladas en la mesa sin problemas. Fuera de sí, preguntó a Helen por qué había sucedido eso; sin esperar la respuesta, Göth le lanzó un cuchillo que se le clavó en la pierna izquierda, dejándole también secuelas al alcanzarle un nervio. Desesperada, Helen le gritó: «¿Por qué me hace esto? ¿Por qué no me dispara un tiro y acaba conmigo de una vez? ¿Por qué me

sigue torturando de esta manera?». Göth tuvo entonces una de sus desconcertantes reacciones, mirándola y diciendo simplemente: «Porque te necesito.»

Es inevitable que hayan surgido especulaciones sobre la supuesta atracción que Helen Hirsch despertaba en Göth. Esta atracción fue apuntada en el film, incidiendo en el conflicto que le ocasionaba a un nazi fanático como él experimentar ese sentimiento por una judía. Saber hasta qué punto eso fue verdad, en el caso de que pueda tener alguna relevancia, se antoja imposible. Por motivos obvios, Helen nunca quiso referirse a este asunto, aunque reconoció a unos investigadores que recogían información para el guion de la película que Göth «había hecho algunas aproximaciones de tipo sexual». Al respecto, explicó a los guionistas el siguiente episodio: En una ocasión, Göth la llamó a su habitación y cuando ella acudió lo encontró borracho y con una fusta en la mano. El la agarró y comenzó a arrancarle la ropa, con la intención de violarla. Sus gritos hicieron que acudiese su amante, Irene, que se encontraba en ese momento en la casa, y pudo salvarla, tal y como había hecho en la ocasión en la que estaba recibiendo una paliza por no haber limpiado uno de sus trajes. En esta historia relatada por Helen sorprende que Göth quisiese violarla estando su amante en la casa, aunque tal vez su estado etílico le hizo olvidar momentáneamente la presencia de Irene.

Sobre esa supuesta atracción, resulta significativo lo que un oficial alemán confesó a Helen durante una de las fiestas en casa de Göth. Le aseguró que ella sería la última judía que moriría en Plaszow, ya que Göth sentía «una especie de sádica satisfacción» tratándola de ese modo brutal, y que «nada en este mundo» le satisfacía más. No sabemos si Göth reconoció eso a su oficial, o era una conclusión a la que llegó por sí mismo, pero esa afirmación es interesante para inferir los enfermizos sentimientos de Göth hacia su sometida criada, basados no en el aprecio sino en el maltrato y la dominación.

En esta línea apunta el hecho de que Göth mostrase satisfacción humillando a Helen públicamente. Tras el fusilamiento de unos judíos que habían sido enviados desde Cracovia para ser ejecutados en el campo, tuvo lugar una fiesta en casa de Göth durante la cual

Helen Hirsch fue sometida delante a todos a insultos, golpes y vejaciones por parte de él. Los maltratos fueron tan bárbaros que acabaron suscitando las protestas de las señoras que se encontraban en la fiesta, pero sus quejas fueron ignoradas por Göth, quien se justificó diciendo que sólo se trataba de una judía criminal que debía ser tratada sin piedad. Fue durante una de esas fiestas en la que Schindler se la llevó aparte para tratar de darle ánimos, haciéndose cargo de las terribles circunstancias que debía soportar. Schindler le dijo que haría lo posible por ayudarla, y así lo hizo: incluiría a ella y a su hermana en la célebre lista.

El contable de Schindler, Itzhak Stern, consideraría a Helen Hirsch «la más infortunada de todos los prisioneros de Plasow». Según Stern, todo el campo, incluido el personal alemán, consideraba que debía ser un infierno pasar todas las horas del día a disposición del despótico comandante. Resulta también relevante una observación de Stern: el hecho de que Göth quisiera que Helen Hirsch vistiera un impecable uniforme de sirvienta, que contrastaba con los harapos que se veían condenadas a usar las prisioneras. Göth había dispuesto también que Helen no llevase la estrella de David. Según Stern, con eso Göth quería engañar a su mente, enponzoñada por el veneno antisemita, para hacer soportable el ser servido por una judía, pero seguramente pretendía más que eso, no reconocer que podía sentirse atraído por alguien que para él no tenía ni la consideración de ser humano. Stern aseguró que Helen había sufrido bajo el poder de Göth más de lo que podría sufrir alguien «a lo largo de diez vidas», por lo que «nadie merece una admiración más grande, fuerte y ardiente que Helen Hirsch Horowitz».

Pero la misma consideración que merece quien era conocida por Göth como Lena la merece también Susanna, es decir, Helen Sternlicht Rosenzweig, a pesar de que, por la circunstancia antes apuntada, quedó eclipsada por Helen Hirsch. Su testimonio lo conocemos gracias al historiador David M. Crowe, que la entrevistó para su biografía de Oskar Schindler. Sternlicht, quien advirtió a ese autor de que le resultaba muy doloroso recordar aquella época de su vida, residía por entonces en el sur de Florida. Como prueba de lo difícil que le era hablarle de Göth, le confesó que cada noche tenía pesadillas

con él. Sin embargo, gradualmente, fue abriéndose a su entrevistador, proporcionándole valiosa información sobre el sádico comandante de Plaszow.

Helen Sternlicht tenía una curiosa historia detrás. En 1942, ella vivía en el gueto de Cracovia junto a su familia. Cuando los alemanes iniciaron la construcción de Plaszow, se llevaron allí a su madre y a sus hermanas, quedándose ella sola en el gueto. Temiendo ser enviada a un campo de exterminio en una nueva redada, decidió introducirse subrepticamente en Plaszow para reunirse con su familia. Lo logró escondiéndose en una carreta que llevaba suministros al campo. Una vez dentro, se le adjudicó la tarea de limpiar ventanas, lo cual debía hacer muy bien, ya que Göth, cuando pasó al lado suyo, ordenó que la enviaran a su casa para que se encargara de la limpieza.

Ya en la villa, Helen, rebautizada como Susanna, se encontraría con Lena, que había llegado poco antes. Ambas compartirían no sólo el cuarto del sótano, con dos camas y un pequeño baño, sino también los castigos, ya que Göth podía a golpear a una u otra de manera indistinta, sin tener en cuenta quién había cometido la supuesta falta. Al contrario que Lena, Susanna no haría referencia a ningún intento de asalto sexual por parte de Göth. Al respecto, señaló a su entrevistador que Göth era un nazi fanático y que nunca se le hubiera ocurrido intentar mantener relaciones con una judía. El hecho de que Helen Hirsch relatase que el intento de violación por parte de Göth se produjo cuando este se encontraba totalmente borracho quizás justifique que actuase ese día en contra de sus convicciones.

Susanna sufrió abusos similares a los que padeció su compañera de infortunio. En una ocasión, mientras le estaba planchando unas camisas, Göth la estuvo observando y, considerando que lo no lo estaba haciendo bien, la agarró violentamente del cabello diciéndole: «Tú, estúpida judía, ¿no sabes cómo se plancha una camisa? ¡En Austria, cualquier chica de tu edad sabe planchar y cocinar!» Entonces, le golpeó en la cara; como ella comenzó a llorar, le dijo que no quería caras tristes en su casa, amenazándola con darle una paliza si seguía haciéndolo.

El gran anhelo de Susanna era estar con su madre y sus hermanas. Según confesó a su entrevistador, el sentirse sola era para ella casi tan duro como estar sometida a la sádica tiranía de Göth. Cuando veía por la ventana cómo las otras prisioneras se marchaban a trabajar, las envidiaba. Sabía que las condiciones en las que trabajaban eran durísimas, pero estaban juntas para darse ánimos y ayudarse mutuamente pasase lo que pasase. Susanna reconoció que su compañera hacía todo lo posible para que se sintiera acompañada y apoyada, pero para ella eso no era suficiente ya que sentía la necesidad imperiosa de estar con su familia. Eso lo consiguió en alguna ocasión, cuando Göth se ausentaba del campo; entonces ella lograba introducirse en la zona de las prisioneras y reencontrarse brevemente con su madre y hermanas, momento que aprovechaba para entregarles algo de comida escamoteada de la cocina.

Helen Sternlicht soñaba con poder reunirse un día con su familia y disfrutar de la libertad, una vez superada la terrible pesadilla que estaban viviendo, pero parecía que ese día no iba a llegar nunca. Un día, vio a un grupo de prisioneras que se dirigía hacia los trenes con destino a Auschwitz; entonces advirtió horrorizada que entre ellas estaban su madre y sus hermanas. Allí estaba Göth, dirigiendo la operación. Susanna, desesperada, salió corriendo de la casa, llegó hasta el andén y suplicó a Göth que no las mandase a la muerte: «*Herr commandant, Herr commandant...*». Pero Göth, impertérrito, se limitó a decirle: «Si no te vas ahora mismo de aquí, te mato». Un guardia de las ss intentó llevarse a Susanna de allí, pero sus hermanas, que ya la habían visto, la llamaban a gritos. En ese momento, el guardia le dijo: «No hay suficientes vagones», refiriéndose a que no había espacio suficiente en el tren para ese transporte de deportados. Entonces, el guardia llamó a la madre y las hermanas y les hizo salir del grupo, pudiendo retornar así al campo. Desconocemos si el guardia de las ss se apiadó de Helen, o si simplemente quería acabar lo más pronto posible con aquella dramática escena que amenazaba con alterar la tranquilidad con la que debía desarrollarse la operación de embarque en los trenes. La realidad es que Helen logró salvar momentáneamente a su familia de la muerte.

Unas horas después de ese incidente, Göth regresó a la villa totalmente fuera de sí, buscando a Susanna. No sabemos si la amante de Göth, que se había enterado de lo ocurrido por Lena, la escondió, pero el furioso comandante no la pudo encontrar. Así, Göth le dio una paliza a la otra Helen, Lena, por la escena que Susanna había protagonizado en el andén. Cuando al día siguiente Göth se encontró cara a cara con Susanna, quien temía por su vida, tan sólo le dijo: «Has tenido mucha suerte». Aunque la valerosa Helen Sternlicht había conseguido rescatar a su familia, el sueño de poder volver a estar todas juntas algún día no fue posible; su madre y sus hermanas acabaron siendo deportadas a Auschwitz, en donde encontrarían la muerte.

Göth no sólo aterrorizaba a Lena y Susanna. A una muchacha de diecinueve años, Rebecca Tannenbaum, se le encargó hacerle regularmente la manicura a Göth; cuando un prisionero la llamó y le dijo que el comandante quería verla en su casa, tuvo un ataque de pánico y huyó, pero luego comprendió que no tenía otra opción que acudir. Al entrar en la casa la recibió Helen Hirsch, quien mostraba diversos moratones, lo cual no aventuraba nada bueno. Sin embargo, él se mostró amable con ella, requiriéndole para que le hiciera la manicura una vez a la semana. Rebecca recordaría más tarde que sus manos eran grandes pero agradables a la vista, y sus dedos eran finos, lo que contrastaba claramente con su carácter brutal.

La violencia estaba siempre presente en aquella casa. Un día, al entrar, Rebecca sorprendió a Göth arrastrando a Lena por los cabellos. En otra ocasión, también al entrar en el salón, uno de los perros de Göth saltó sobre ella y mantuvo uno de sus pechos entre los dientes mientras apoyaba las patas en sus hombros, tal y como solía hacer con las prisioneras antes de despedazarlas a una orden suya. Complacido por el dramatismo de la escena, continuó reclinado en el sofá y le dijo sonriente: «No siga temblando, estúpida, o no podré contenerlo».

Otro miembro del personal de la casa, el referido muchacho llamado Lisiek, no tuvo tanta suerte como Rebecca. Durante una cena, un alemán que trabajaba en la administración del campo ordenó a Lisiek que enganchara un par de caballos a un carro, subrayando esa

orden con la amenaza de darle veinticinco latigazos si no cumplía el encargo. El chico, como no podía ser de otro modo, enganchó los caballos al carro y fue a entregárselo a aquel alemán. Pero Göth vio al muchacho con el carro y le preguntó quién le había ordenado hacer eso. Lisiek le explicó lo sucedido, pero Göth no quiso escucharle y le disparó allí mismo en la cabeza.

El comandante no se contentaba con mantener en un perenne estado de terror al personal de la casa, sino también a todos lo que se encontrasen en las proximidades de la villa. En una ocasión, encontrándose en una estancia de la casa junto a otros oficiales germanos, Göth se vanagloriaba de su buena puntería, y para demostrarlo hizo prácticas de tiro a través de la ventana con un grupo de trabajadores que se hallaba a unos doscientos metros de la casa.

En el instinto asesino de Göth es posible que interviniese algún tipo de condicionante sexual. Eso se desprende de un episodio, relatado por un testigo, del que quedaría constancia en las actas del juicio al que se vería más tarde sometido. En esa ocasión, Göth ordenó a un grupo de jóvenes prisioneros, de entre 17 y 20 años, que formasen ante él y se desnudasen. Después, Göth fue uno por uno, examinándolos con calma y detenimiento. Finalmente, seleccionó a varios de ellos y él mismo los mató de un disparo. Del mismo modo, Göth gustaba de ser él mismo el encargado de dar latigazos a los prisioneros, aplicándose con furia hasta que éstos quedaban inconscientes, por lo que no hay que descartar que con esos actos obtuviese alguna gratificación de tipo sexual.

FOTÓGRAFO DEL HORROR

Hoy disponemos de un valioso testimonio gráfico del escenario de todos estos crímenes gracias al citado Raimund Titsch, quien presencié el asesinato del cocinero judío por servir la sopa demasiado caliente. Titsch sentía repugnancia por lo que allí sucedía; sin dejar de trabajar en su cometido, llevaría a cabo una silenciosa lucha contra Göth y la ideología que él representaba. Así, Titsch compraba

pan, gallinas o mantequilla en el mercado negro y lo introducía en secreto en el campo para repartirlo entre los trabajadores de su taller, o se encargaba de guardar en su casa de Cracovia los objetos de valor que le eran confiados por los internos.

Pero su acción de resistencia más importante fue la que realizó con su máquina fotográfica. Así, Titsch tomó disimuladamente imágenes de los prisioneros con sus uniformes rayados empujando las vagonetas por los carriles, excavando cimientos y desagües o durante la distribución del pan y la sopa diarios. También tomó fotos de los guardianes de las ss durante sus momentos de trabajo y de descanso.

Esas imágenes del horror cotidiano del campo contrastaban poderosamente con las otras fotos que Titsch tomaba en el campo, destinadas al álbum personal del comandante. Esas instantáneas mostraban a Göth en actitud relajada y tranquila, ya fuera tomando el sol en el balcón de su villa o montando el gran caballo blanco con el que gustaba pasear por sus dominios. En otras imágenes aparece su amante, alegre y despreocupada, con un vestido corto y su cabello moreno suelto, o en bañador y con un pañuelo anudado en la cabeza, como si se hallase pasando unos días de asueto en un centro de vacaciones en lugar de un campo de concentración. Titsch tomó también fotos de los dos perros de Göth, ya fuera sueltos o junto a *Majola*.

Pero las imágenes que inmortalizaban la vida cotidiana de los prisioneros en el campo, y que constituían el testimonio de ese horror diario, no serían reveladas. Titsch decidió guardar esos carretes. Sabía del valor de ese material en el futuro, y creía que así estaría más seguro. Los guardaba en la misma caja de acero en la que custodiaba los objetos de valor que le habían entregado los prisioneros.

Sorprendentemente, una vez acabada la guerra, Titsch no se atrevió a sacar a la luz ese preciado material. El hecho de que fueran dadas a conocer públicamente las acciones humanitarias que había llevado a cabo por sus trabajadores judíos, lo que le reportaría años después el reconocimiento del gobierno israelí, le granjeó la enemistad de las sociedades secretas que formaron antiguos camaradas nazis, en cuyas

listas figuraba como un insigne traidor. Algunas personas incluso llegaron a amenazarlo en las calles de Viena llamándolo amante de los judíos. Titsch pensó que, si sacaba a luz pública esas fotografías, su vida correría peligro.

El miedo que atenazaba Titsch le llevó en 1946 a tomar la decisión de enterrar el material fotográfico en un parque de los alrededores de Viena, y olvidarse de él. En 1966, cuando vio cercano el fin de sus días debido a una grave afección cardíaca, accedió a vender el contenido de la caja a uno de los supervivientes de Schindler, aunque con la condición de que los carretes no fueran revelados hasta después de su muerte. Cuando Titsch falleció, casi todas las fotos de Plaszow aparecieron al revelado; a pesar de llevar veinte años enterrados, los carretes no se habían deteriorado. Gracias a él, conocemos mejor cómo era la vida en aquel campo bajo la tiranía de Amon Göth.

LA FÁBRICA DE SCHINDLER

Como vemos, los prisioneros de Plaszow vivían inmersos en un estado de terror permanente, a merced de los caprichos de un psicópata. Nadie sabía si llegaría vivo al final de la jornada.

Pero hubo alguien que logró algo tan difícil como insuflar esperanza a aquellos aterrados prisioneros. Fue Oskar Schindler, un hombre de negocios alemán que acudió a Cracovia para ganar dinero a la sombra de la guerra y que acabaría salvando la vida a mil doscientos judíos, una gesta que le sería reconocida posteriormente por el Estado de Israel. Aunque fallecería en 1974 en la más absoluta miseria, después de que fracasase en cuantos proyectos emprendió, el nombre de Schindler pasaría a la historia como el de un héroe.

El conocimiento de la figura de Schindler, no obstante, se ha visto contaminado por las dos obras de ficción que se realizaron inspirándose en él. En 1982, el escritor australiano Thomas Keneally publicó *Schindler's Ark* (El Arca de Schindler), una novela basada en la hazaña que protagonizó, pero que, como obra de ficción que es, no se atiene fielmente a los hechos históricos. La célebre película de Spielberg, basada a su vez en la novela de Keneally, se toma